

Bogotá a comienzos del siglo XX: el final de la ciudad bucólica. La imagen de la ciudad desde la revista *Cromos* (1916–1920)

Gilberto Martínez-Osorio¹

Universidad Nacional de Colombia,² Bogotá

Fecha de recepción: 01/07/2012. Fecha de aceptación: 15/12/2012

Resumen

El artículo elabora un análisis de la ciudad de Bogotá a partir de crónicas y fotografías publicadas en la revista *Cromos*, entre los años 1916 y 1920, haciendo énfasis en las significaciones y repercusiones que las estructuras urbanas tienen sobre sus habitantes, como método de investigación que complementa los análisis realizados por la historia convencional de la arquitectura y la ciudad. Se estudia la vida urbana que retrataron los más destacados periodistas de aquella época, destacando los avances en cuanto a arquitectura y movilidad, la problemática que representaba la carencia de agua potable y la deficiencia de los servicios municipales, los incendios de los edificios más emblemáticos de la ciudad, el hambre de sus pobladores y las enfermedades que los afectaban, o la llegada de la modernidad, entre otras cosas. Se concluye, entre otras cosas, que las crónicas periodísticas son valiosas fuentes de información, no visuales, que permiten observar aspectos de la historia de las ciudades imposibles de analizar desde las fuentes habituales de la arquitectura y la ciudad, como los planos y las fotografías.

Palabras clave

Crónica urbana, memoria impresa, periodismo urbano.

.....
¹Arquitecto. M.Sc. en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Profesor de tiempo completo de la Corporación Universitaria del Caribe CECAR. gilberto.martinez@cecar.edu.co

²El artículo es el producto final del trabajo realizado por el autor al interior del seminario de investigación en historia de la arquitectura a cargo de los Doctores Silvia Arango y Jorge Ramírez Nieto, como parte del programa de estudios de la Maestría en Historia y Teoría del Arte, la Arquitectura y la Ciudad de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, durante el año 2007.

Bogota at the turn of the 20th century: the end of the bucolic city. The image of the city in *Cromos* magazine from 1916 to 1920

Abstract

The article proposes an analysis about Bogota through the chronicles and photographs published between 1916 and 1920 in Cromos magazine —emphasizing on the repercussions and implications that urban structures have had upon city's inhabitants—, as a research method that complements the conventional historical analysis offered by architecture and urbanism. It studies urban life as portrayed by renowned journalists of the time bringing out the significant progresses made on mobility and building technology, the problems going off by the lack of potable water and the deficient supply of public utilities, the burning down of emblematic constructions, the starvation of some of its residents, the diseases that assailed the population, and the arrival of modernity, among others. As a conclusion, the article states that journalistic chronicles are a valuable source of non-visual information that allow the observation of some city aspects that are impossible to spot from within the traditional referencing of plans and photographs in architectural and urban discourses.

Keywords

Urban chronicle, recorded history (secondary sources), urban journalism.



Introducción

Arriba. Portada *Cromos* N° 9 (1916).

El artículo es un ejercicio investigativo que explora la utilización de documentos escritos, como crónicas, literatura y notas de prensa, como fuente primaria para la comprensión de las significaciones y repercusiones que las estructuras urbanas tienen sobre sus habitantes, como una posibilidad de complementar los análisis realizados por la historia convencional de la arquitectura y la ciudad. Se toma como objeto de investigación la ciudad de Bogotá a comienzos del siglo XX, y como método, la revisión de una de las publicaciones más importantes y fecundas de esta ciudad en el período señalado. Dejando abierta la posibilidad de complementar los análisis generados por esta indagación, con las revisiones que puedan hacerse de esta ciudad con otras fuentes escritas del mismo período.

La labor se concentró en la revisión de crónicas generadas por medios escritos. La variedad de posibilidades para escoger entre las fuentes escritas del período demarcado es bastante amplia y va desde periódicos como *El Espectador* y *El Tiempo* hasta magazines y revistas como *Cromos* y *El Gráfico*, entre otras muchas publicaciones. En virtud del límite de

tiempo demarcado por el programa de estudios, se tomó la decisión de concentrarse en una sola de las fuentes posibles, e intentar hacer la revisión desde allí. Después de varios acercamientos directos a las fuentes, en la hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, se decidió ceñirse a la revista *Cromos*, entre otras razones por tener esta una periodicidad que restringía considerablemente el material a revisar, en comparación con las otras publicaciones.³ Las publicaciones hechas por la revista en la década de 1910 fueron establecidas como límite, al identificar que en la década de 1930 *Cromos* dio un giro editorial que no aportaba datos de interés al trabajo.⁴ A diferencia de las publicaciones que caracterizaban en sus inicios a *Cromos*, en la década de 1930, la revista ofrecía muy pocos artículos dedicados a la ciudad de Bogotá, y otro tipo de temas colmaban sus páginas. La capacidad que tienen las revistas para congelar imágenes de la ciudad, fue el aspecto sobre el que se concentró la investigación.

Al analizar metodológicamente la revisión los procesos históricos de la ciudad de Bogotá, a través de la revista *Cromos* y de evaluar sus características como fuente de información, se consideró, que, dada la precisión que ofrecía el hecho de enfocarse en una sola publicación, no podía esperarse, como resultado de la investigación, una reconstrucción fidedigna de hechos históricos de la ciudad. La verosimilitud del trabajo se ve afectada por la manera en que los editores, desde sus preferencias, organizaron la información. Se hizo necesaria la formulación de un interrogante que permitiera enfocar la revisión del material publicado en dicha época. Se optó entonces por construir una pregunta que permitiera

.....
³A diferencia de otro tipo de publicaciones de la época la revista *Cromos* tiene en ese período de tiempo una edición semanal, y el número de crónicas en su interior es menor a las publicadas por periódicos como *El Espectador* o *El Tiempo*.

⁴Las crónicas sobre la ciudad de Bogotá desaparecieron totalmente de las páginas de *Cromos* en esa década, la revista se concentró en presentar panoramas noticiosos internacionales.

utilizar la variedad de temas que son tratados por la publicación, sin que necesariamente se formara una narración “objetiva” de los hechos. La pregunta ¿cuáles son las imágenes de la ciudad de Bogotá que surgen de la revista *Cromos* entre los años 1916 y 1920?, dirigió la aproximación a la fuente. Así pues, el trabajo tuvo ese límite: la revisión se hizo desde la revista *Cromos*, sus crónicas y sus cronistas. Como período de tiempo se revisó la producción de la revista desde sus inicios en el año 1916 hasta 1920. Surgían entonces una serie de interrogantes todos ellos relacionados con esta fuente: ¿qué era la revista *Cromos* en esa época?, ¿quiénes eran sus directores y editores?, ¿qué clase de información difundían?, y ¿quiénes escribían las crónicas publicadas en esa revista?, preguntas a las que se les dio respuesta antes de proceder a la recolección de la información.

Cromos y sus cronistas



Arriba. Ilustración en *Cromos* N° 198 (1920).

Una revisión ligera a los primeros números de la revista, publicados a partir del 15 de enero de 1916, permitió identificar en su enfoque editorial una tendencia hacia la difusión de variedades y modas, dirigidas, al parecer, al público femenino: las amas de casa bogotanas de la época. Se podría decir que la revista trataba temas de interés general. Pero desde su publicidad podía percibirse su intención de captar el interés del público femenino:

“*Cromos* es la verdadera revista del hogar, por su belleza, por su arte, por su amenidad y por su variedad... *Cromos* es la lectura obligada para las damas y

publica en cada número las últimas creaciones de la moda en París, complementándolas con hermosas ilustraciones de los modelos recientes... no olvide que *Cromos* es lectura recomendable para su esposa y sus hijas” (Valencia & Arboleda, febrero 12 de 1916: contraportada).

En la anterior publicidad de *Cromos* se percibe una doble intencionalidad para manejar a los lectores. Por un lado, captar la atención del hombre para satisfacer a su familia, y por el otro, atraer directamente al público femenino. A pesar de su marcado interés por las damas — palpable en el tratamiento de temas como la moda—, *Cromos* muestra otra tendencia: presentar en sus números amplios panoramas de los acontecimientos más importantes del ámbito internacional, como se evidencia en el seguimiento permanente a los conflictos mundiales de la época, o la difusión de diversos adelantos científicos y artísticos. Al mismo tiempo, da cuenta de los panoramas políticos nacionales, así como de los desarrollos de la vida urbana, en especial de la ciudad de Bogotá, registrando actos públicos y privados, eventos sociales, problemas urbanos, costumbres e innumerables matices de la vida en la ciudad:

“*Cromos* publica los acontecimientos de mayor sensación en el mundo y las vistas más hermosas del país... *Cromos* [de acuerdo con el pensamiento de sus editores] hace una selección verdaderamente esmerada y cuidadosa en su parte literaria, artística y gráfica” (Valencia & Arboleda, febrero 12 de 1916: contraportada).

Es claro pues que, desde los inicios de la revista, se quiere hacer explícita su capacidad de informar a un público local sobre los sucesos y acontecimientos del mundo y del país:

“*Cromos* tiene en Europa una oficina destinada exclusivamente al envío de las fotografías de los sucesos más interesantes y de los personajes más célebres, en artes, ciencias y letras [...] *Cromos* tiene corresponsales gráficos en todas las ciudades importantes del país” (Valencia & Arboleda, febrero 12 de 1916: contraportada).

En estas frases puede percibirse un carácter cosmopolita en la publicación, como si su objetivo principal fuese mediar entre un público aislado e inconexo y unos conocimientos y sucesos universales a los cuales no pueden acceder en su cotidianidad. Desde su manejo editorial, puede decirse, que la revista *Cromos*, junto con *El Gráfico*, representan la llegada de la modernidad al periodismo colombiano. En *Cromos*, se mezclaban lo periodístico y lo literario a través de los mejores escritores nacionales y extranjeros de la época. Sus creadores y primeros editores y directores fueron Miguel Santiago Valencia y Abelardo Arboleda, dos periodistas nacidos en Popayán, quienes a partir de la sugerencia del médico Martín Camacho, titularon la revista “*Cromos*”, por estar llena de “monos” y dibujos en color, a diferencia de las demás publicaciones del momento. *Cromos* se diferenció de publicaciones anteriores como el *Papel Periódico Ilustrado*, por basarse más en fotografías que en grabados.

Dentro de los muchos periodistas, escritores y poetas que participaron en los inicios de *Cromos* están: Luis Tamayo, Guillermo Pérez Sarmiento, Eduardo Castillo, José Antonio Osorio Lizarazo, Miguel Santiago Valencia, Carlos Villafañe, Coriolano Leudo, Alberto Sánchez, Guillermo Manrique Teherán, Arturo Quijano, Manuel Laverde Liévano y los hermanos Agustín y Luis E. Nieto Caballero. A partir del año 1920 la dirección de la revista pasa a estar en manos de Luis Tamayo, quien había sido anteriormente su corresponsal en New York. A pesar de la gran cantidad de escritores citados en esta breve reseña histórica de *Cromos*, son las crónicas de Alberto Sánchez de Iriarte, Carlos Villafañe, Manuel Laverde Liévano y Luis Eduardo Nieto Caballero, las que nos han permitido, a través del enfoque editorial de la revista, hacernos una idea amplia de los acontecimientos de la ciudad de Bogotá en el período de tiempo que delimitamos como objeto de estudio.

Bogotá en las crónicas de *Cromos* (1916 – 1920)

Cuatro imágenes principales surgieron como respuesta a la manera en que se presentaba la ciudad de Bogotá en las crónicas de *Cromos* (en el período señalado); y cada una de ellas, a su vez, está compuesta por un grupo de imágenes subsidiarias. La primera de ellas pone de manifiesto un deseo por lo “moderno” y lo sofisticado, lo cual queda explícito en una serie de textos que promulgan la europeización de la ciudad y la superposición de una ciudad nueva sobre la ciudad antigua. En segundo término, se agruparon una serie de imágenes relativas al espíritu de insatisfacción reinante en la ciudad, con respecto a su infraestructura urbana y su red de servicios públicos. En un tercer grupo de imágenes, la ciudad de Bogotá se percibe miserable, llena de pestes y problemas de todo tipo. Y por último, se identificó un cuarto grupo de visiones de la ciudad, en la cual se pueden leer algunas de las costumbres, modas y aspectos varios de su vida urbana. Cuatro temas relacionados y concatenados: el deseo de modernizarse, con la insatisfacción por la precariedad de la infraestructura urbana; éste a su vez, con una serie de calamidades vividas por la ciudad de la época; y el último, como el ambiente general donde se dieron todas esas situaciones. El presente artículo se enfoca en los tres primeros temas.

El deseo de lo “moderno” y la desaparición del espíritu lugareño representado en “Santa Fe”

A partir de lo registrado en las páginas de *Cromos*, desde su inicio hasta el año 1920, hay cuatro ideas relacionadas que es posible rastrear. La primera de ellas tiene que ver con la manera en que la revista presenta la aparición de nuevas infraestructuras urbanas, como camino para hacer de Bogotá una ciudad moderna, a la altura de las urbes más avanzadas de la época. Esta idea puede ser percibida a través



Arriba. Portada *Cromos* N° 6 (1916).

de escritos ejemplificantes, como el documento *Estación central de ferrocarriles* (Valencia & Arboleda, editores, febrero 12 de 1916), que da cuenta de la entrada en servicio de La Estación de la Sabana en el centro de la ciudad:

“*Cromos* dedica hoy esta sección a la empresa de más importancia quizá para la modernización de Bogotá. Nos referimos a la Estación Central de los ferrocarriles, de la cual parten el de la Sabana, en conexión con el de Girardot y el del Sur [...] Las fotografías que aquí aparecen dan una idea de lo que será esta obra, para cuyo plan y construcción se han consultado todas las fuentes de la técnica moderna y todas las formas de la arquitectura que combina la sencillez, la elegancia y la comodidad. Y los extranjeros que han regresado al país después de cinco años admiran esta poderosa obra de ingeniería moderna, que da a nuestra capital el carácter de metrópoli Europea [...] Vino la lucha contra el medio, contra el prejuicio y luego la victoria. Quien al presente mira la obra en construcción no puede menos que descubrirse ante la memoria del Dr. Zapata, de cuyo talento es aquella el exponente más lógico” (Valencia & Arboleda, editores, febrero 12 de 1916: 76).

De la anterior cita se puede resaltar la manera como se enfatiza la aplicación del ideal moderno en la proyección y construcción de la obra en mención, así como el uso de palabras como “sencillez” y “co-

modidad”, que siendo sinónimos de moderno, austero y funcional, comienzan a hacer parte del nuevo lenguaje arquitectónico con el que debe construirse la ciudad. Es claro también en esta cita, que el ideal de modernización no es algo propio del lugar, sino que hace parte de una idea universal de ciudad, en boga en aquella época, a la cual se pretende acceder a partir de la construcción de obras con características como las manifiestas en la Estación de la Sabana. Llama la atención cómo los autores de esta crónica, cuando se refieren al progreso o desarrollo de una ciudad latinoamericana, pretenden que tenga “carácter de metrópoli Europea”, actitud desde la que nos es posible establecer, en la Bogotá de este período, un nuevo estado colonial, donde a pesar de haberse cumplido en 1910 un centenario de la independencia del yugo español, voluntariamente se mantiene una dependencia cultural de países europeos, como Francia e Inglaterra especialmente. Desde este relato también es posible identificar un factor predominante en este tipo de narrativa: la existencia de un personaje heroico que se enfrenta a la sociedad para educarla y mostrarle el camino de su salvación. Para este caso, el Dr. Felipe Zapata Cuenca, reconocido como líder ilustrado, capaz de llevar la ciudad hacia nuevos rumbos de “modernidad” a partir de sus conocimientos y de su razón.

La construcción de nuevas obras es señalada por *Cromos* como elemento clave para la transformación de la ciudad, para el cambio de los ideales constructivos y estéticos y su consecuente incidencia sobre nuevas formas de pensamiento, a las que los bogotanos de la década del 1910, debían acceder. Ese deseo de que la ciudad se transforme radicalmente y se “modernice” es también presentado por *Cromos*, a manera de exigencia y en tono de reclamo, a las autoridades competentes. Es ese el segundo aspecto que analizamos en torno a la Bogotá de la segunda década del siglo XX. El tono de reclamo se aprecia en artículos como *La ciudad alegre y confiada* (Villafañe, septiembre 23 de 1916) y *Servicios municipales* (Valencia & Arboleda, octubre 26 de 1918). Revisemos las palabras de Carlos Villafañe, quien publicaba bajo el seudónimo de Tic-Tac:

“Bogotá es una ciudad que es lo *mejorcito* de este pedazo de tierra tropical que se llama Colombia. Aquí está la civilización en todas sus manifestaciones pacíficas o tumultuosas. Aquí están los altos poderes públicos, las universidades, la alta banca, la alta aristocracia, el comercio, la industria, el intelectualismo, los poetas, los escritores, los periodistas, los oradores, los magistrados, los ministros y demás notabilidades que son *bonra y paz* de sus respectivas familias y del conjunto de la nacionalidad. Bogotá, dicen algunos, es la única ciudad vivible. Por lo menos es donde hay más comodidades para la vida y más cosas por ver. En las demás ciudades la vida es siempre igual y se desliza bajo la aridez de una monotonía desesperante... esto opinan muchos que vienen por las calles de la urbe [...] ¿Y qué sucede en esta ciudad capital? Pues sucede que en la única ciudad vivible —como dicen— no se puede vivir, por lo menos en tiempo de verano. Hay elementos triviales para la higiene, la salubridad: agua y aire puro. Y aquí no tenemos ninguno de esos dos elementos [...] No hay una miserable irrigadora que siquiera tire *asperjes* sobre la tierra molida por el trajín de personas y vehículos” (Villafañe, septiembre 23 de 1916: 179-180).

Desde lo expresado por Villafañe pueden verse dos cosas: por un lado, en tono irónico, da una visión de Bogotá como la urbe más adelantada de Colombia en la década de 1910, como la ciudad que reúne las condiciones más parecidas a las de una ciudad “moderna” de la época; y por otro, muestra matices de una ciudad que requiere de una serie de acciones referidas al mejoramiento de su infraestructura de servicios públicos y de su higiene, para lograr un real estado de desarrollo en concordancia con los avances del momento. En la crónica de 1918, titulada *Servicios Municipales* (Valencia & Arboleda, editores, octubre 26 de 1918), el papel de *Cromos* como medio para exigir una transformación de la ciudad es aún mucho más directo:

“Los días que van corridos de la segunda quincena del presente octubre han venido a demostrar una vez más, y siempre de modo doloroso, que la capital de Colombia, a pesar de los adelantos edilicios de que nos ufamamos, dista mucho de ser una ciudad poseedora de cuanto en los tiempos que alcanzamos se requiere para poner en cubierto la salud y aún la

vida de los moradores [...] Verdad es que los funcionarios encargados de atender a los diversos servicios municipales son personas animadas de buenas intenciones, celosos, si se quiere, del bien general, pero sus deseos y esfuerzos encallan en lo imposible [...] Agua pura, canalización, plazas de abastos, buenos pavimentos, mayor número de parques y jardines públicos, de dispensarios, hospitales, asilos y mil cosas más que toda persona medianamente conocedora echa de menos, exige a grito herido Bogotá, sin que su realización, hasta ahora, haya pasado de esfuerzos intermitentes y casi aislados, muy ajenos a un plan constante y metódico que, puesto en planta de tiempo atrás, mucho hubiera alcanzado ya, siquiera relativamente” (Valencia & Arboleda, editores, octubre 26 de 1918: 242).

El texto anterior critica la estructura política de la ciudad, pidiendo una mayor libertad de acción para el alcalde, a quien consideran “maniatado” por el Concejo Municipal del momento. Sin embargo, a pesar del trasfondo político, el texto habla también del ambiente de la época, de cómo hay un deseo de cambiar definitivamente la infraestructura urbana de la ciudad y de instaurar planes de largo plazo. Hay en él un llamado a la “modernización” de la administración pública a través de la planificación. La enumeración de los elementos necesarios para la transformación de la ciudad indica la magnitud de las necesidades de Bogotá en esa época, y también habla del espíritu de lo “moderno”, donde al parecer, nada de lo existente en la ciudad sirve, y de hecho, necesita ser cambiado o mejorado. Los autores se refieren a la casi totalidad de los servicios públicos, y a los elementos compositivos de la ciudad.

Este deseo por lo “moderno” se encuentra además expresado en las páginas de *Cromos* a través de un tercer tema, que se ha denominado la necesidad del espíritu “cosmopolita” de la ciudad. Son varios los documentos que presentan, como posibilidad de cambio para Bogotá, su “universalización” y su conexión con el mundo exterior. Como ejemplo de este tipo de textos se ha escogido el que lleva por título *Hispanoamérica y la futura Colombia* (Valencia & Arboleda, editores, enero 22 de 1916), que a nues-



Arriba. Portada *Cromos* N° 5 (1916).

tro juicio debió llamarse *Hispanoamérica y la futura Bogotá*, debido a que se centra, en realidad, en las posibilidades de desarrollo de esa ciudad:

“La distancia de Bogotá a Puerto Colombia en el Atlántico, por la vía del río Magdalena, que fue la que siguieron los conquistadores, es de más de 1300 kilómetros, mientras que la de Bogotá a Buenaventura es solamente de 650, gran parte de los cuales recorre ya el ferrocarril. Cuando se una la línea de Buenaventura con la de Girardot, se hará el viaje de Bogotá al primer puerto en veinte horas; de allí a Nueva York, por el canal de Panamá, en vapor rápido, en seis días; a la Habana en cuatro, a Europa en doce, a los puertos del Pacífico y a Guayaquil en dos días, al Callao en cuatro, y a Valparaíso, en seis. Las rápidas y frecuentes comunicaciones marítimas y terrestres harían que los ocho millones de individuos de nuestra raza y de nuestra lengua que habitan los ardientes litorales de los dos océanos de la América tropical, a los dos lados del canal de Panamá y los de Las Antillas, en donde la temperatura media durante todo el año pasa de 30° C, visitaran la extensa y bella altiplanicie de Bogotá, en donde reina primavera perpetua con una temperatura media de 15° C y con temperaturas en las faldas de la montaña de 15° C a 30° C, con una altura sobre el nivel del mar de 2000 a 500 m, a distancias de ferrocarril de pocas horas [...] Bogotá tiene una de las sociedades más cultas, intelectuales y hospitalarias de la América; cuenta

con establecimientos de educación para señoritas y para hombres tan buenos como los mejores del mundo [...] Cuando el ferrocarril de Buenaventura esté unido con el de Girardot, lo que pudiera hacerse en cuatro o cinco años, vendrán por él los habitantes de aquellos pueblos y también los de Chile, Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia, etc., tanto en viaje de turismo o de placer como de negocios y al palpar las excepcionales y buenas condiciones climáticas, y los otros que hemos apuntado, sin duda muchos de ellos se sentirán inclinados a radicarse” (Valencia & Arboleda, editores, enero 22 de 1916: 18-20).

Este texto, que puede considerarse como premonitorio y visionario, prevé, en 1918, cómo la incidencia del desarrollo de los medios de comunicación —en este caso la red de ferrocarriles—, es el camino por el cual la ciudad va a lograr un cambio definitivo, al facilitarse la llegada de gentes de todas partes, con nuevos conocimientos, riquezas e intenciones de establecerse en la ciudad.⁵

Un cuarto aspecto a analizar, paralelo a este deseo de “modernización” y de “cosmopolitismo”, y podría decirse que, como consecuencia del mismo, es una cierta conciencia de la desaparición del espíritu “lugareño” y “bucólico” de la ciudad, representado en la idea de la antigua y “colonial” Santa Fe (nombre de la ciudad antes de la Independencia). Para ilustrar esta idea nos remitiremos principalmente a dos textos, el primero titulado *La urbe adolescente* de Manuel Laverde Liévano (agosto 2 de 1919), en el cual desde un tono melancólico el autor parece aceptar, de manera complaciente, la superposición de los ideales de la modernidad sobre la ingenua y tranquila, en sus palabras, Santa Fe:

“La melancólica capital del virreinato de la Nueva Granada, nacida en el legendario Teusaquillo, Versailles andino de los ignotos zipas, ha alcanzado definitivamente la mayor edad histórica. El aspecto

.....
⁵El texto parece describir algo muy parecido a la Bogotá de comienzos del siglo XXI, una ciudad de ocho millones de habitantes, con una conformación multiétnica y pluricultural generada a partir de múltiples migraciones de las provincias y del mundo en general a la capital, en la cual se dan la mayor parte de los negocios internacionales del país.

de burgo de provincia española del siglo XVI empieza a desaparecer con los parques incipientes, bajo cuyas frondas modestas se perfilan bronces heroicos y mármoles Patricios; con las avenidas asfaltadas y rumorosas en las que la luna, adorada antaño por los Muisca, lucha en la tristeza nocturna por imponer su sonrisa de trémula plata, al centelleo picaresco de las bombas eléctricas; con las fachadas, blancas complicadas, en las que los hierros y cristales ponen toques policromos de esmalte. El bullicio, la alegría mecánica, la angustia voluptuosa y trágica de la ciudad moderna de que nos habla France —el maestro incomparable que estigmatiza la civilización burguesa, con el acero penetrante de su ironía, caldeado por el escepticismo y endulzado con la miel de esa melancolía, transparente como las pupilas de un fauno malicioso— dan ya a la ingenua Santa Fe un aspecto de renovación material, de progreso cosmopolita [...] Y el alma de Bogotá, forjada por la tizona de los conquistadores sobre yunque indígena al sollozar de las guitarras sobre las capas andaluzas, que prestigiaron la eficacia de los madrigales, ante los rejos árabes y supieron del sortilegio de vírgenes morenas y de beldades blandas, se ha ido truncando poco a poco en ese espíritu arlequinésco, tumultuoso, indefinible, que se empurpuró demoleedor y entusiasta en la Bastilla, se crispó con pagana voluptuosidad sobre los rizos empolvados de las pelucas de Versailles y bebió con cerebral delicia las linfas rumorosas y diáfanas de la verdad [...] Bogotá acoge las ideas y los hombres de otras partes con entusiasmo fraternal y sonriente [...] Bogotá la urbe adolescente, inicia una época nueva. Dobra una página en su historia, con gesto de convicción y de esperanza, y entra de lleno en una senda de renovación y de progreso, que pregona muy pronto al mundo americano, que somos dignos del provenir que nos espera y que nos llama con voces imperativas” (Laverde Liévano, agosto 2 de 1919: 62).

Es palpable en las palabras de Laverde esa resignación y a la vez complacencia ante los cambios acaecidos en la ciudad, los cuales ante su magnitud y como él lo prevé, llevarán con el tiempo a la desaparición de las costumbres y modos de la ciudad antigua. La ciudad universal se ve venir y es llamada con vehemencia, deseada y puesta en valor por encima de “la ingenua Santa Fe”. Así mismo, este texto da cuenta del nuevo estado colonial impuesto en la ciudad, esta vez no por las armas sino por el conocimiento y por los medios de comunicación.

La ciudad deseada y que a la postre se superpone es francesa, con todos sus adelantos técnicos, sus inventos y su razón.

El segundo texto que nos habla del lento proceso de disolución de la ciudad colonial es el que titula Arturo Quijano como *Arte antiguo* (agosto 30 de 1919), en el cual se remite básicamente a hacer una valoración de pasado edilicio de la ciudad de Bogotá, donde al tiempo habla en tono melancólico y resignado de algo que ya no se puede detener, la llegada de la vida “moderna”:

“Hace años publicamos un artículo con este mismo título, y con el complemento “Candelaria”, en que recogimos, como en un solo haz las múltiples tradiciones de ese apretado rincón de nuestra capital, donde ahora siglos palpitaba el corazón de Santa Fe [...] Ese artículo ha debido tener continuación y a eso nos excita muy formalmente la ilustrada dirección de esta revista, y vamos a atenderla, no solo por cuánto vale en sí misma, sino porque nuestra Santa Fe desaparece rápidamente, y es deber de los hijos cariñosos de esta urbe ubérrima decir un adiós a lo que fue el alma y vida de esta ciudad; tratando de conservar con dulzura y con calor las últimas manifestaciones de cuanto hubo de más delicado y genuino en lo que ya se va: el arte antiguo” (Quijano, agosto 30 de 1919: 132).

De esta hermosa despedida de Quijano a la ciudad colonial, se deduce un estado de ebullición de ideas modernizantes de la Bogotá del momento, que hace pensar, que todo el conjunto de tradiciones de la ciudad antigua serán suplantadas por unas nuevas formas de actuar y de pensar. Igualmente destacable es cómo se acerca, de manera espontánea, a las valoraciones del patrimonio histórico, desarrolladas después de los excesos de la modernidad sobre las estructuras de las ciudades antiguas del mundo entero.



La insatisfacción ante las condiciones precarias de la infraestructura urbana

Los deseos de “modernidad” y “cosmopolitismo” que acabamos de identificar, son aspectos propios de la ciudad de Bogotá en la década de 1910. Pero, establecidos estos puntos, surgen de manera inmediata dos interrogantes: ¿por qué es tan urgente para los bogotanos de esa década cambiar su ciudad?, ¿por qué es tan urgente que la ciudad parezca una ciudad europea? Las respuestas a estos interrogantes pueden ser también encontradas en las páginas de las *Cromos* de dicho período. Por cuenta de los viajes, muchos bogotanos han tenido la oportunidad de conocer las nuevas formas de vida de urbes europeas como París y Londres, y establecer las diferencias con la calidad de vida de su capital. Es desde esta nueva perspectiva como la ciudad de Bogotá aparece ante sus ojos como lastimera y anticuada, y expresan su insatisfacción ante el estado precario de la infraestructura urbana y de servicios públicos de la ciudad. Desde estos escritos podemos ver una imagen dual de la Bogotá de la década que nos ocupa, que se debate entre la aparición de elementos urbanos nuevos, “modernos” y sofisticados y un estado lamentable de su infraestructura urbana. Al segundo aspecto de los dos mencionados se dedicará este apartado, al mismo tiempo que a analizar la manera como repercute esto en el imaginario de los habitantes de la ciudad.

Comenzaremos por la revisión del documento *La ciudad alegre y confiada* de Carlos Villafañe (septiembre 23 de 1916), quien a pesar de no haber nacido en Bogotá, al igual que los editores de la *Cromos* de aquel entonces, vivió mucho tiempo en ella y tuvo dentro de sus oficios criticarla y analizarla:

“Tenemos un acueducto que afortunadamente prorratea el protóxido de hidrogeno de sus tuberías. Así prorrateada el agua, se generalizan un poco menos las epidemias y pueden ir por turno de barrios. No hay agua, esta es una ciudad sitibunda. Solamente la mano de Dios, que no abandona sus criaturas, nos salva de

mayores calamidades publicas [...] ¿Y aire puro, aire siquiera respirable en estos tiempos de verano? A buscarlo a la montaña o solicitar oxígeno embotellado en las droguerías. No hay para que trajinar por las calles y avenidas centrales. Eso es la muerte, la asfixia, el desastre de todos los órganos respiratorios. La polvareda es interminable y el viento la densifica cada minuto. Caminamos entre nubes de polvo con el pañuelo en la boca y las narices, asfixiándonos y poniendo en tortura los pulmones [...] Esto es atroz, esto enciende en uno el deseo de volar a la montaña, de huir de la ciudad maleada por el polvo de la tierra y por el vaho de la humanidad que transita por las calles y plazas” (Villafañe, septiembre 23 de 1916: 179-180).

En estas expresiones de Villafañe, la infraestructura vial, la calidad del aire de la ciudad y el servicio de acueducto son puestos al banquillo. Surge del relato la imagen de una ciudad polvorienta y asfixiante, desde las palabras de Villafañe, invivible. La expresión “prorratedo” para referirse al servicio de acueducto, habla de la intermitencia del mismo. Igualmente surgen como imágenes los carruajes de tracción animal sobre las vías destapadas de la ciudad, una visión nada “sofisticada” de “la urbe más adelantada de Colombia” en la década de 1910.

Otro escritor que permite a analizar ese tema es Manuel Laverde Liévano, quien dedica su artículo *Problemas Bogotanos: ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!* (enero 31 de 1920) a describir el estado de la prestación del servicio de acueducto y su relación con la falta de higiene y la insalubridad de la ciudad:

“La raza —base y cemento único de nuestra historia— se debate en lamentables condiciones de higiene, bajo los crueles zarpazos de la miseria. Es odiosa y cruel como una explotación inmisericorde, la vida del obrero, que al regresar de la faena, en la que acrecentó el patrimonio común, ha de encerrarse en infectos cuartuchos, sin aire, sin luz, sin agua. [...] Es dolorosa y triste, como una brutalidad injusta, la persecución del sustento en ciudades sin parques verdaderos, sin calles auténticas, y desprovistas de plazas de mercado y mataderos públicos, que no sean algo diametralmente opuesto al hacinamiento primitivo de comestibles y mugre, a la dantesca con-

fusión de carnes y piltrafas malolientes, de sangre y microbios de toda clase. [...] ¿No hemos descrito acaso las condiciones higiénicas de Bogotá, de la ciudad del águila negra, del tifo negro, de la disentería amebiana, de la tuberculosis, de la...? (véase índice de un manual de patología). [...] Sintetizando y puntualizando, diremos: ¿el acueducto de Bogotá, es un acueducto o es una charca?, aun cuando sus escasos y rudimentarios depósitos tengan forma geométricas y piedra o cemento. [...] El agua que suministra a sus abonados, ricos o pobres, sube por las respectivas tuberías en cantidad suficiente cuando la presión de que dispone logra perforar el “barro municipal” que lleva hasta las casas, con regularidad matemática, *un día sí* y otro... también?” (Laverde Liévano, enero 31 de 1920: 17).

Las palabras de Laverde son impactantes. Describir la coloración del agua de Bogotá como “el barro municipal” da una idea de la capacidad de purificación del agua para consumo humano en la ciudad. De la misma manera se puede inferir que esta calidad del servicio no tiene distinción de clases sociales, sino que es la oferta para toda la población. El “prorratedo” ya descrito por Villafañe es presentado por Laverde como un servicio de acueducto de “un día sí y otro... también”, intermitente e inapropiado. En el texto de Laverde, la denuncia sobre el estado general de la infraestructura urbana nos da una idea del lamentable estado de higiene e insalubridad de la ciudad. Al llamarla “la ciudad del tifo negro”, da una idea de la posible frecuencia con la que este tipo de enfermedades mortales podían presentarse.

La crónica *Vistas del incendio* (Valencia & Arboleda, editores, septiembre 31 de 1918), que presenta los estragos de una conflagración en el centro de Bogotá, en 1918, en la cual estuvo a punto de quemarse el Teatro Colón, también manifiesta esa insatisfacción por el estado de los servicios públicos de la ciudad:

“Pocas semanas habían transcurrido después del incendio en que estuvo a punto de perecer el Teatro Municipal, cuando se levantaron otras llamas amenazadoras frente al Teatro de Colón, a falta de espectáculos emocionantes para espantar el aburri-



Arriba. Portada *Cromos* N° 198 (1920).

miento de nuestros coliseos, los incendios se han encargado de proporcionarles las espeluznantes tragedias. El beatífico abandono de Bogotá ha recibido, en el transcurso de pocos días dos avisos dolorosos. Pueda ser que ellos sean suficientes para convencerla de la necesidad de organizar, por sobre todos los inconvenientes, un cuerpo de bomberos con los elementos necesarios para que empiece a vivir como el progreso manda. Sin que esto vaya —librenos Dios— a arrancarle de raíz sus adorables hábitos coloniales. Quedan por fortuna, entre nosotros, *unos pocos* —cuan pocos— defensores del pasado. Si no fuera por ellos, la maldita civilización habría hecho de Bogotá *una detestable ciudad moderna* [...] Males como los acaecidos necesitan los pueblos abandonados. Mañana tendremos bombas y bomberos, gracias al infortunio de unas cuantas familias. [...] Mañana también una horrenda epidemia diezmará la ciudad, y entonces, por ventura de los sobreviviente, tendrá Bogotá agua potable y la higiene habrá triunfado en toda línea...” (Valencia & Arboleda, editores, septiembre 31 de 1918: 187).

Esta crónica exige la instalación de un cuerpo de bomberos con técnicas modernas, pero, también se dirige a atacar la “negligencia” de las autoridades y a los ciudadanos “retrogrados” atados a las costumbres de la ciudad antigua, son ellos, para el autor, los factores que no permiten el desarrollo definitivo de la ciudad. Parece vaticinarse en este

artículo, la peste de gripa que azotaría la ciudad en la segunda mitad de ese mismo año, la cual dejaría gran cantidad de víctimas en la población y la casi absoluta paralización y el caos en la ciudad.

En la crónica titulada *Servicios municipales* que revisamos anteriormente, también se ven la insatisfacción por el estado de la infraestructura y los servicios públicos de la ciudad; sin embargo, a diferencia de la negligencia gubernamental denunciada en *Vistas del incendio*, en *Servicios municipales* el problema es de dimensiones tan grandes que supera las buenas intenciones y los esfuerzos de los gobernantes.

Miseria, pestes y caridad

El estado precario de la infraestructura urbana, la estructura general de la salud y los servicios públicos, aunada a la incapacidad de los gobernantes para afrontar los problemas de la ciudad, desembocarían en uno de los episodios más lamentables y dolorosos vividos por la Bogotá de este período: la peste de gripa del año 1918. Es a través de las impresiones que tiene Alberto Sánchez de Iriarte (el Dr. Mirabel) de este suceso, como podemos hacernos una idea de su dimensión y de lo que representó para la ciudad. En el artículo *Su excelencia la gripe*, Sánchez de Iriarte (octubre 26 de 1918) muestra algunos matices de ese suceso:

“Por mi calle pasaban resoplando hasta ayer los automóviles y estornudando las bestias de tiro; pasaban toda clase de tías parapetadas en pañuelos, monteras, bufandas y toda clase de tíos atrincherados en pañolones, cofias, chales y paplinas de diversas épocas [...] Nadie pasa por mi calle. Ya toda la población está cumpliendo sus deberes de hospitalidad con el catarrito este que, de príncipes para abajo, ha fastidiado a millones de millones de prójimos en Europa y Estados Unidos. Ya dejaron aquí de funcionar la administración de justicia, la policía, el senado, la cámara, las cofradías, el sablismo, los comités políticos, el teléfono, el aseo, el acueducto, los gramófonos, los chinos; y me dicen que Bogotá, sintiendo un bienestar exquisito, bendice a la peste

por haberle ahorrado, siquiera durante unas horas, tantas calamidades [...] Mucha, mucha pobre gente dicen que ha muerto. Esa gente ya había comenzado a fallecer, con distintas afecciones en apariencia, pero en el fondo con una misma enfermedad: hambre. Iban a sucumbir con el plazo y turno que la miseria les había fijado. La gripa no ha hecho sino decirles: por aquí que es mas derecho” (Sánchez de Iriarte, octubre 26 de 1918: 244-246).

En el texto de Sánchez pueden verificarse tres aspectos principales relacionados con esta calamidad: en primer lugar, esta peste es un fenómeno universal que ha recorrido al menos dos continentes antes de llegar al país. Al escribir esta crónica Sánchez ya tiene conocimiento de lo acontecido por esta peste en Europa y los Estados Unidos. En segundo lugar, la fuerza y la expansión de la enfermedad en la población ha provocado la parálisis de las actividades diarias de la ciudad durante el período de su incidencia, despertando un espíritu de caridad generalizado en la ciudad. Y por último, la población más afectada, en lo relativo a la mortalidad, es la más pobre de la ciudad, donde el estado connatural de miseria y hambruna crea un ambiente propicio para el desastre.

Un panorama aún más desolador de la peste es presentado por *Cromos* de una manera directa y descarnada, a través de las fotografías del artículo *Escenas de la peste* (Valencia & Arboleda, editores, octubre 26 de 1918), en cuyas notas a pie de foto es posible también captar algunas impresiones de este suceso:



Foto en *Cromos* N° 137 (1918).



Foto en *Cromos* N° 137 (1918).

“Pavorosos son los cuadros de miseria, de abandono, de desaseo que nuestro reportero gráfico ha sorprendido en los barrios de la capital. La peste ha puesto una desolación incomparable en todo aquello, publicamos solamente algunas de las escenas menos horribles, no para engañarnos, ocultando el mal que devora la ciudad, sino para evitar a nuestros lectores tan desagradables visiones. Piedad oficial y conmiseración particular piden a gritos las miserias que están devorando a este desgraciado pueblo bogotano” (Valencia & Arboleda, octubre 26 de 1918: 239).

La descripción anuncia que es una edición en la cual las escenas más desgarradoras han sido evitadas y hace un llamado a la piedad y a la caridad, dirigida no solamente a las autoridades municipales, sino a toda la población. Es muy dicente que los editores utilicen la expresión “pueblo desgraciado” para referirse a esta Bogotá de la segunda mitad de 1918.

Alberto Sánchez dedica un segundo texto titulado *En manos del microbio* (Sánchez de Iriarte, noviembre 2 de 1918) a este gran problema vivido por la ciudad, en él puede verse la evolución de la peste y algunos de sus efectos:

“Doce días después de iniciada parece entrar la epidemia en su menguante porque ha decrecido un poco el numero de los que caen enfermos, aunque no es tranquilizadora la cifra de los que fallecen. Ya se ve una mayor concurrencia por las calles, los transeúntes vamos todos envueltos, calado el sombrero hasta las orejas, crecidas horriblemente las barbas y los ojos puestos en la nuca. Se diría que nos han desenterrado [...] Cuando esta peste iba a llegar, la pública atención estaba pendiente del

censo. Nuestra curiosidad consistía en saber cuántos éramos; ahora es la de averiguar cuántos quedamos. Cosa difícil mientras la gripe no cierre operaciones. Todavía en las farmacias hay porciúncula, y amanecen las esquinas empapeladas de carteles fúnebres, e ingresan apestados a los hospitales que improvisó la benemérita junta de socorros [...] Pero ya es mucho que se hayan reducido los enfermos a treinta mil [...] Hay que ver el aspecto de las calles: tranvía rojo y demás vehículos de asistencia, corre que corre llevando enfermos; parihuelas que van y vienen con los trastos de velar; coches fúnebres en todas direcciones [...] Los enterradores han alcanzado una cotización altísima. La escasez de sepulturas ha sido un problema pavoroso. Nunca los muertos habían tenido que hacer antesala en el cementerio por uno o dos días aguardando que se les acomodase. Los ataúdes que antes eran artículo de última necesidad hoy son de primera; esos bártulos nunca fueron mercancía de importación, y ahora han venido por ferrocarril en anchetas que inmediatamente quedan distribuidas y agotadas” (Sánchez de Iriarte, noviembre 2 de 1918: 257-258).

El texto de Sánchez de Iriarte es extremadamente dicente de la situación de la ciudad en el momento de la epidemia, muestra casi todas las facetas de la vida urbana de la ciudad durante el problema: la apariencia de los habitantes, la escasez de ataúdes, la población afectada, la actividad de los enterradores y de los importadores de ataúdes, de los hospitales, entre otras cosas. Todo junto, mostrándonos la imagen de un pueblo diezariado y destrozado por la calamidad. Carlos Villafañe, en un texto dedicado a la narración de su propia gripe, el cual titula: *Al margen de la peste* (Villafañe, noviembre 2 de 1918), también brinda una impresión de este suceso infausto, con la frase: “*Fue una racha encarnada y violenta que penetró...*”, que queda como síntesis de este evento cuando por fin fue superado por la ciudad.

La pobreza del pueblo bogotano y un espíritu de caridad generalizado, son dos aspectos de los cuales da cuenta *Cromos* en el período de estudio. Actos públicos dedicados a la donación de alimentos, ropas y otros elementos básicos, son registrados por estos documentos, permitiendo analizar ese matiz específico de la vida urbana de la ciudad. En *Escenas del hambre* (Valencia & Arboleda, editores, noviembre 9 de 1918), se narra la distribución de alimentos en la Plaza de las Cruces, por parte de un prestigioso médico de la ciudad, otra en el Instituto La Salle, y otra más, organizada por la colonia inglesa en Bogotá.

“Pintoresca repartición de alimentos en la Plaza de las Cruces. El Dr. Diego Garzón cuya caridad ha caído como una bendición en su parroquia durante los días de la peste, en el acto de distribuir ropa a sus feligreses [...] Repartición de alimentos en el instituto La Salle [...] Una de las varias cocinas populares organizadas por la colonia Británica residente en Bogotá” (Valencia & Arboleda, noviembre 9 de 1918: 280-281).



En estos actos presentados por *Cromos*, es palpable cómo la población más pudiente está conmovida por el estado de hambre y miseria en que se encuentran las gentes de la ciudad. Es difícil, desde la revisión de *Cromos*, establecer la frecuencia de estos actos públicos de caridad, pero, que en un mismo número aparezcan registrados cuatro de ellos, de manera consecutiva, dice mucho de la gravedad de la situación en ese momento particular. Otro factor destacable en esos actos de caridad colectiva, es la participación de las colonias de extranjeros que aparecen en la cita anterior, e igualmente, en el texto titulado *Un bello gesto de la colonia italiana* (Valencia & Arboleda, editores, noviembre 16 de 1918), en el cual se presenta la donación de ropas por parte de la mencionada colonia, entre las personas más pobres de la capital colombiana en el año 1918.

El escrito de Luis E. Nieto Caballero titulado *Bogotá* (diciembre 9 de 1916), también permite ambientar la pobreza y la caridad como características de la Bogotá de comienzos del siglo XX:

“Y Bogotá es digna como no hay más digna de amor infinito. Cuánta nobleza, cuánta distinción espiritual, cuánta lealtad de corazón allá en el fondo que a veces nubla pero nunca oculta cierta morbosa curiosidad, cierta inquietud de lengua, cierto afán de hacer reír sin respetar escrúpulos, cierta neurosis de gran ciudad en donde carecen muchos de oficio y en donde para todos no alcanzan las pocas diversiones [...] La verdad es, empero, mejor que la apariencia. Frivolidad, pereza, inconstancia son las sombras del cuadro, el verdadero fondo es de bondad. En el corazón de Bogotá se agitan, se alivian y se extinguen todas las desgracias. La caridad, con todo lo que significa en ojos humedecidos manos consoladoras, corazones amigos y bolsos generosos, es su virtud cardinal. ¡Cuántas obras hermosas nacen todos los días! ¡Cuántos dolores mueren con cada puesta de sol! Bogotá es inagotable... no obstante su pobreza” (Nieto Caballero, diciembre 9 de 1916: 354).



Derecha. “Un bello gesto de la colonia italiana”. *Cromos* N° 140 (1918).

El texto de Nieto Caballero es una declaración de su amor profundo por la ciudad, y a pesar de ello, tiene que dar cuenta, en su lenguaje poético, del ambiente de calamidad que reina en la Bogotá de principios del siglo XX. La caridad y la bondad también son registradas como una virtud de las gentes de la ciudad, que ante la dureza de la vida en la ciudad, acuden de manera generosa a socorrer a sus coterráneos menos favorecidos.

Conclusiones

El presente ejercicio investigativo nos permitió observar la potencia que pueden tener las crónicas periodísticas, como fuentes de información, al permitir observar aspectos de la historia de las ciudades que son imposibles de analizar desde fuentes convencionales de la arquitectura y la ciudad como los planos y las fotografías. Se pudo observar que los relatos periodísticos analizados permitieron construir una retrato, no visual, de la ciudad, en el que salen a relucir, como elementos importantes de interpretación, la vivencia y los deseos de una comunidad al respecto de su ciudad, sus espacios e infraestructuras urbanas, cargándolas de significación y posibilitando que se les atribuya ahora un nuevo valor, no solo como “monumentos”, sino como representación física de los deseos, las luchas y las experiencias de sus habitantes.

Específicamente sobre la ciudad de Bogotá, esta indagación permite entender la década de 1910 como un periodo de transición en el que, inicialmente desde el deseo, la ciudad supera ese espíritu bucólico que representaba la antigua y tradicional idea de “Santa Fe de Bogotá”, la cual empieza a ser superada por la nueva idea de una moderna Bogotá, como capital de Colombia. De este proceso se puede observar el papel que publicaciones como *Cromos* tienen en él, constituyéndose en una especie de guía, desde la que se establecen nuevos estándares de modernidad, señalando las deficiencias y atrasos de la ciudad, pero a su vez, reconociendo los avances que la ciudad logra en diversos campos. Igualmente la revista *Cromos* a pesar de sus intenciones modernizantes sirve para mostrar las crudas situaciones sociales que vive la ciudad en esta década, dándonos idea del amplio porcentaje de su población en situación de pobreza, y, su fragilidad ante epidemias de enfermedades infecciosas como la gripa o la viruela, enfermedades para las que la ciudad de la época no contaba con una estructura sanitaria que permitiera controlarlas y evitar que diezmaran a la población. Las imágenes relacionadas con el espíritu caritativo de la ciudad en la década de 1910 nos permiten inferir también una fuerte división de clases sociales, en la que priman, un pequeño núcleo social de personas adineradas y un amplio espectro de población en situación de pobreza y necesidad.



Referencias

- ◆ Laverde Liévano, Manuel (agosto 2 de 1919). “La urbe adolescente”, en *Cromos*, N° 173: 62.
- ◆ Laverde Liévano, Manuel (enero 31 de 1920). “Problemas Bogotanos: ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!” en *Cromos*, N° 195: 17-18.
- ◆ Nieto Caballero, Luis E. (diciembre 9 de 1916). “Bogotá”, en *Cromos* N° 47: 354.
- ◆ Quijano, Arturo (agosto 30 de 1919). “Arte antiguo”, en *Cromos*, N° 177: 132-134.
- ◆ Sánchez De Iriarte, Alberto (octubre 26 de 1918). “Su excelencia la gripe”, en *Cromos*, N° 137: 244-246.
- ◆ Sánchez De Iriarte, Alberto (noviembre 2 de 1918). “En manos del microbio”, en *Cromos*, N° 138: 257-258.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (enero 22 de 1916). “Hispanoamérica y la futura Colombia”, en *Cromos*, N° 2: 18-20.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (febrero 12 de 1916). “Estación central de ferrocarriles”, en *Cromos*, N° 5: 76-77.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (febrero 12 de 1916). “Aviso publicitario de la revista *Cromos*”, en *Cromos*, N° 5: contraportada.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (septiembre 31 de 1918). “Vistas del incendio”, en *Cromos*, N° 132: 187.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (octubre 26 de 1918). “Servicios municipales”, en *Cromos*, N° 137: 242.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (octubre 26 de 1918). “Escenas de la peste”, en *Cromos* N° 137: 239.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (noviembre 9 de 1918). “Escenas del hambre”, en *Cromos*, N° 139: 280-281.
- ◆ Valencia, Miguel Santiago & Arboleda, Abelardo (Edit.), (noviembre 16 de 1918). “Un bello gesto de la colonia italiana”, en *Cromos*, N° 140: 294.
- ◆ Villafañe, Carlos (septiembre 23 de 1916). “La ciudad alegre y confiada”, en *Cromos*, N° 36: 179-180.
- ◆ Villafañe, Carlos (noviembre 2 de 1918). “Al margen de la peste”, en *Cromos*, N° 138: 275-276.



Portada *Cromos* N° 201 (1920).